

I CONGRESO LATINOAMERICANO SOBRE MEDIOS DE COMUNICACION SOCIAL Y PREVENCIÓN DEL DELITO

(Cali — Colombia)

Medios de comunicación social  
y criminalidad

JULIO KIERSZENSON

Sección de Investigación

Instituto Latinoamericano para la Prevención del Delito y Tratamiento del Delincuente.

\*ILANUD\*

- Introducción
- El problema
- Diversas actitudes
- Revisión de algunos estudios
- Otras opiniones
- Efectos a largo plazo
- Qué hacer?

## Introducción

La criminalidad preocupa a toda comunidad, ya que constituye un fenómeno disgregador de la vida social.

En los últimos años esta preocupación ha sido acompañada por numerosos estudios en los que se esgrimen infinitud de teorías explicativas, muchas de ellas de carácter sociológico, en donde el crimen se liga con el proceso de aprendizaje; bien sea que se explique como el producto de una asociación deferencial (Sutherland), o por medio del concepto de autoimagen (Reckles) o de las subculturas (Cohen).

Si bien es cierto que en la actualidad ese tipo de enfoque empieza a ser visto con un poco de recelo, no sólo por el fracaso de la explicación monocausal de la criminalidad, sino porque el principio mismo de causalidad está en crisis en criminología, sería injusto no valorar lo logrado hasta ahora, pese a todos los excesos y unilateralidades de corte jurídico, psicológico o sociológico indudablemente presentes.

No hay duda de que todo estudio acerca de una variable interviniente en la génesis del comportamiento delictivo, arroja luz no sólo sobre el aspecto concreto de que se trate y enriquece los conocimientos que sobre el tema se poseen, sino que sirve para implementar políticas directas de prevención sobre el factor actuante.

Un factor cotidianamente mencionado más que por propios, por extraños, es el de los medios de comunicación. Esto es debido, sin duda, a su extraordinario crecimiento e impacto en los últimos años y a la proliferación de la violencia en los programas de ficción que se transmiten.

Desgraciadamente, los estudios efectuados hasta ahora, no han estado a la altura de la preocupación mostrada por gobiernos, instituciones y padres de familia; los criminólogos en su mayoría han desdeñado el tema o lo han mirado con reserva, por todo el lastre de una serie de preconcepciones y prejuicios del público; los teóricos en comunicación se han aventurado un poco más, pero quizás debido a su poca preocupación por los asuntos criminológicos, se han contentado, en algunos casos, con una labor con sabor a laboratorio y a tubo de ensayo, y en otros, con afirmaciones escépticas y terriblemente irónicas: "ciertos tipos de comunicación acerca de ciertos tipos de asuntos, presentados a cierto tipo de personas, en ciertas condiciones, originan cierto tipo de efectos" (Berelson, 1948 y 1964).

Por supuesto que semejante estado de cosas atenta contra cualquier presentación sobre el tema y nos obliga a tener mucho cuidado para no caer en lugares comunes o en tautologías.

## El problema

Se puede afirmar, con Burgelin, que fue en los años 30 cuando se produjo una escalada en la representación de escenas violentas en los films especialmente en los norteamericanos. Ya en 1933 se afirmaba que "a través de la exposición de técnicas criminales y de modelos de criminalidad de comportamiento despertando el deseo del dinero fácil y del lujo, sugiriendo medios discutibles de conseguirlo, desarrollando un espíritu de provocación, de inhumanidad, de audacia, despertando intensos deseos sexuales y haciendo del cumplimiento de papeles criminales un sujeto constante de ensoñaciones, el cine crea actitudes y construye técnicas generadoras, por un procedimiento inconsciente, de comportamientos delictivos" (Blumler y Hauser, 1933).

Glucksmann refiere que los datos más antiguos señalan que en 115 films policíacos se cometían 406 crímenes y, en 45 de estos films, aparecía un muerto en la pantalla (Dales, 1935), luego de la Segunda Guerra Mundial en un recuento efectuado por Mirams en 1951, se producían 659 crímenes o actos de violencia en 100 films. La televisión en Estados Unidos transmite, como promedio, un acto o una amenaza violenta cada diez minutos. En otro estudio sobre medimetraje para televisión (Head) se descubren 3.7 actos "de agresión o de transgresión moral" de promedio en emisiones en general, 5.1 en los programas policíacos y 7.6 en los films para niños.

Esas características de agresividad y violencia fueron aumentando en cantidad y calidad. En 1967 una hora de dibujos animados contenía, en promedio, seis veces más episodios violentos que una hora para adultos y de 95 programas del género para niños examinados, solamente tres no contenían episodios violentos (Gerbner, 1972).

En un análisis de contenido de 300 films distribuidos en Nueva Zelanda, 40 por ciento de los films americanos tenían por tema central un crimen. En el 67 por ciento, los personajes actuaron por ambición personal, arribismo y dinero. En el 63 por ciento se recurre al crimen para alcanzar estos fines (cit/p. Santoro, 1975). En un estudio efectuado en Venezuela (Salazar, 1961) el 79 por ciento de los films exhaltaban como valor el dinero, el 52 por ciento la fuerza bruta y el 45 por ciento la astucia y el engaño.

¿ Esta frecuencia en la aparición de escenas violentas implica que tengan que darse como consecuencia ciertos efectos? He aquí la gran pregunta.

Normalmente quienes así interrogan buscan una respuesta clara, capaz casi siempre de sustentar una preconcepción. Así, se parte de la idea de que lo presentado en los medios de comunicación tiene o no efectos directos sobre la conducta y valores de una persona y que estos efectos de producirse, son perfectamente observables por el investigador. Como há ocurrido en muchas ocasiones en las ciencias sociales, el problema no surgió académicamente. Como señala Burgelin, personas inquietas ante los posibles efectos y dispuestas a actuar, sea como sea, fueron las que plantearon el problema a los teóricos y éstos, aún hoy, no han podido dar esa respuesta indubitable que los interesados reclamaban. Así, muchas veces una respuesta sincera ha debido ser la siguiente: "Si deseáis menos violencia, actuad en tal sentido. Pero no esperéis que la ciencia os demuestre que tenéis razón".

Como sabemos, así ocurrió. En casi todos los países con economía de mercado, grupos se organizaron para presionar al Estado, y lograron, mal que bien, algún tipo de control, o aquél, **de motu proprio**, actuó en tal sentido. Los científicos sociales, mientras tanto, emprendieron algunas investigaciones ninguna de ellas concluyente, al menos en el sentido esperado, es decir, en cuanto a si los medios de comunicación tienen que ver algo con el aumento de la delincuencia y la inseguridad.

Las razones de tal imposibilidad no son debidas a simple incapacidad, sino que en su base está el problema metodológico subyacente en toda ciencia social, que tiene que lidiar con comportamientos humanos, con valores y actitudes, siempre muy complejos y difíciles de medir.

Como señala Klapper (1960), "las aguas relativamente plácidas del "quien dice qué a quien" pronto se enturbiaron con las cuestiones de predisposición de los auditorios y públicos, "auto-selección" y percepción selectiva". El mismo autor señala que a estas variables luego se sumaron aquellas que incluyen diversos aspectos de organización contextual, la imagen que el público tiene de las fuentes; el simple transcurso del tiempo, la orientación de grupo de cada miembro del público y grado en que valora su pertenencia a ese grupo; la actividad de los líderes de opinión; los aspectos sociales de la situación durante y después de la exposición de los medios de comunicación de masas y el grado en que el público se ve individualmente obligado a representar un papel activo; el tipo de personalidad del individuo en cuestión, su clase social y el nivel de sus frustraciones; y la naturaleza de los grandes medios de comunicación en un sistema de libre empresa.

Maletzke se refiere a esas dificultades cuando señala que aunque por la multitud de estudios relativos a los efectos de los medios de comunicación colectiva pareciera que el tema se halla agotado, un examen cuidadoso de aquellos demuestra que los conocimientos actuales son muy limitados y llenos de lagunas.

Los profesores Ferracuti y Lazzari, enjuiciando la literatura sobre el tema, plantean otro problema que requiere de una decisión: la necesidad de usar una definición "lo más unívoca posible" de los términos de violencia y agresividad. Existen estudios en donde tales términos son entendidos tan ampliamente, que difícilmente pueden servirnos para brindar la respuesta buscada; así por ejemplo, se ha entendido violencia como "cualquier daño físico o psicológico, herida o muerte referidos a serem vivientes", incluyendo "vergüenza o humorismo violento tal como la caída del actor", la "violencia legal", "la violencia verbal" y la que resulta de "actos de la naturaleza o "accidentes".

Por otro lado, es curioso que en la mayoría de los estudios efectuados sobre la frecuencia de la violencia, los análisis de contenido se refieren casi exclusivamente a casos de ficción y no a la violencia real y ésta, lejos de suscitar críticas, es considerada como educativa. Así no se incluye en la mayoría de los casos la violencia que se encuentra en los programas dedicados a deportes noticias, cuestiones públicas y sucesos (National Association of Educational Broadcasters).

### **Diversas actitudes**

Quienes consideran que es posible determinar en alguna medida los efectos de las escenas de gangsterismo y violencia adoptan toda gama de actitudes.

Siguiendo a Burgelin, podemos mencionar las siguientes:

- 1) Algunos autores hablan de efectos benéficos, esto es, los espectadores tienen en los programas una vía de escape para verter su agresividad: es una adaptación moderna de la catarsis de que hablaban los griegos.
- 2) Otros hablan de que las escenas tienen una potencialidad traumatizante, especialmente en el caso de niños muy pequeños. Así, la preocupación no reside en que esas escenas puedan provocar de algún modo conductas delictivas, sino en que se pueda producir alguna afección de orden psicológico.
- 3) Aunque son pocos los autores que hoy sostienen tal tesis, otra posición es la de que ciertos programas son "incitaciones primarias a la mala conducta y la delincuencia juvenil" (Cousin, 1949).
- 4) La posición anterior es matizada por algunos estudiosos: esas incitaciones se dan o son preocupantes en aquellas personas con menos resistencia psíquica o moral, esto es, no es de temer ningún grave efecto en espectadores normales.

5) Los medios de comunicación son sólo un reflejo de la realidad. Si hay violencia en los films es porque la realidad es violenta, y sería absurdo pensar que esa condición le viene de los medios de comunicación.

6) Algunos autores muestran preocupación no por efectos directos e inmediatos, sino por los que puedan producirse a largo plazo, en una sociedad acostumbrada a ver la violencia como un fenómeno normal, en "una civilización donde la violencia sería un fundamento aprobado, un componente espiritual lo que podría traducirse, en un despliegue de violencias reales". Piensan algunos que quizás el nivel alcanzado por el terrorismo en esta década pruebe que algunos miembros de aquella generación, que miró televisión desde que nació, se insensibilizaron a tal punto, que cualquier forma de destrucción no les parece bochornosa.

### Revisión de algunos estudios

Ferracuti y Lazzari afirman que la valoración crítica de los trabajos efectuados sobre el tema "está, en general, de acuerdo en atribuirles un notable refinamiento en las técnicas de medición, no obstante la falta de un esquema teórico unitario de referencia, que pudiera ser utilizado como base para un sucesivo trabajo de profundización y confirmación".

Se han hecho algunos experimentos tendientes a determinar en que medida las representaciones de escenas violentas aumentan la agresividad de los espectadores. Lógicamente, aunque aumente el grado de agresividad, no es posible afirmar que eso repercute necesariamente en el incremento de actividades delictivas o en la motivación a delinquir en algunos sujetos.

Pero veamos someramente algunos de esos estudios, para percatarnos de sus limitaciones.

Berkovitz (1964) utilizó el procedimiento de frustrar una muestra de estudiantes, previo a la exhibición de un film violento. La frustración consistió en que una determinada persona insultaba soezmente a un grupo y luego los miembros de éste pasaban a presenciar un film (una pelea de boxeo muy violenta) en donde el nombre del que insultaba era el mismo del de uno de los protagonistas. La agresión de los estudiantes era medida de acuerdo al número de shocks eléctricos (ficticios) que aplicaban luego sobre el cuerpo de quien los insultó. (El grado de agresión varió dependiendo de si la violencia en el film era justificada, es decir, dependiendo de si quien derrotaba o no a su adversario llevaba o no el nombre de quien los insultó.)

Este tipo de experimentos son criticados por Singer (1971) ya que considera que no son asimilables a la situación en que se encuentran quienes contemplan un film, y que sería mejor hacer los estudios en medios naturales, usando films corrientes — los escogidos en los estudios eran desmesuradamente violentos. Por otro lado, critica la equiparación de la descarga de shocks eléctricos con acto de agresión manifiesta, señalando que deben buscarse “situaciones experimentales que permitan la expresión de reacciones agresivas más realistas”.

Bandura, A., Ross, D., Ross, S. (1963), presentan a un grupo de niños material con contenido agresivo en tres formas distintas, proyectado estáticamente, ejecutado por una persona y en un film. Los niños fueron divididos en grupos pareados, con un grupo control. Una vez expuestos al material fueron colocados en un salón en condiciones similares a las observadas. Los que habían sido sometidos al material con contenido agresivo desplegaron una conducta agresiva similar a la observada (golpear a un muñeco), mientras que el grupo control jugó con él. Esto es una evidencia de cómo los niños pueden imitar las conductas agresivas y actos de violencia observados en el cine o en la televisión (Cit/p. Santoro).

Lógicamente semejante estudio se refiere a la agresión mostrada en una situación de juego, por lo que no necesariamente esa agresión debe darse en otra situación.

Bandura (1963) señala “que los resultados dejan poca duda de que la observación de violencia fortalece las tendencias agresivas en los niños... (por lo que) debemos concluir que los modelos televisados son importantes fuentes de conducta social y no pueden continuar siendo ignorados como una influencia en el desarrollo de la personalidad” (Cit/p. Muñoz).

Burgelin no cree que el análisis de la agresividad puede limitarse a tal tipo de estudios, ya que si se trata de medirla a nivel de comportamiento, deben entrar en juego otros muchos factores como el dinamismo del individuo y su grado de habilidad frente al mundo exterior. Además, qué nos garantiza que fue medida la hostilidad de todos los participantes, ya que aunque ésta haya sido despertada, el individuo puede no estar dispuesto a manifestarla? Son interesantes las conclusiones de las dos subcomisiones nombradas por el Comité Judicial del Senado Norteamericano en 1955 y en 1961, para estudiar el efecto en los jóvenes de la violencia y el delito presentados en la televisión. La primera investigación concluyó que “algunos de los programas de televisión más violentos tienen un efecto negativo en las audiencias infantiles, particularmente en aquellos niños que han mostrado señales marcadas de disturbios emocionales”. Sugieren exigir la aplicación de “ciertos standars mínimos” aunque señalan que la responsabilidad principal debe recaer en quienes dirigen la industria televisora.

Thomas J. Dodd, quien presidió la Comisión de 1961, resumió así los principales experimentos:

- 1) Se ha encontrado que las personas normales que ven una película violenta muestran después casi el doble de violencia que las personas que no han visto esa película.
- 2) Cuando los experimentos comprendían infligir dolor en otros seres humanos, las personas que habían visto una película violenta no titubearon en infligir dolor excesivo en otros seres humanos.
- 3) Una película violenta puede inducir la conducta agresiva de cualquiera en la audiencia, pero particularmente en aquellas personas que se han enfurecido antes de ver la película.
- 4) Las películas violentas pueden tener efectos persistentes y puede esperarse que las respuestas aprendidas en ellas retengan su fuerza original y que reaparezcan en ocasiones posteriores en presencia de frustración, ira u otro estímulo apropiado.
- 5) La violencia que se muestra en las películas puede afectar a cualquiera, pero es mucho más peligrosa para los jóvenes. E más, probablemente será imitada si parece justificada según los valores sociales predominantes; por ejemplo: si el "héroe" establecido está cometiendo la agresión. Si el modelo es premiado por su agresión, el impulso a copiar esa agresión es aún mayor.
- 6) Los efectos de ver violencia son similares a los efectos de probar alimentos sin consumirlos: el apetito se aumenta en vez de disminuir.

Mirams (1951) es uno de los que sustenta la posición número cuatro, es decir que el crimen presenciado puede tener un efecto desencadenante en aquellas personas que se encuentran en condiciones de "resistencia moral reducida". Así, cree que la reiteración "de casos de asaltos puede crear un modelo de comportamiento que origine en determinadas circunstancias (por ejemplo excesos alcohólicos), una especie de reflejo condicionado en ciertos tipos de individuos". Ferracuti y Lazzari señalan: "la hipótesis de que la representación de violencia pueda tener un efecto catárquico sobre los espectadores no ha sido confirmada por ninguna demostración válida. Al respecto, Maccoby (1951 y 1954) y Lewin (1953) han indicado que la fantasía puede reducir temporalmente las tensiones, pero, dado que la fuente real de estas no se modifica, es de temer que a largo plazo se consolide una tendencia a evitar los problemas reales o a buscar su solución por medios fantásticos o violentos.



## Otras opiniones

Existe una corriente de opinión que opone reservas al supuesto ligamen de la violencia en los medios de comunicación y la criminalidad. En esa corriente podemos ubicar toda una gama de opiniones desde aquellas que expresan directamente el sentir de los dueños y representantes de los medios, hasta otras que manifiestan el pensamiento de científicos que muy seriamente se han dedicado a reflexionar y buscar evidencias sobre el polémico asunto y no las han encontrado. Una forma de manifestarse la opinión de los intereses de los medios es aquella que sustenta que violencia ha habido siempre y que los medios sólo la reflejan. "Si las agresiones narradas o representadas fueran peligrosas por vía de principio, habría que prohibir la mayor parte de los cuentos, la Biblia, a Shakespeare (Association of Educational Broadcasters).

Klapper y Burgelin (norteamericano el primero y francés el segundo) son dos escépticos ante los estudios que ligan violencia en los medios de comunicación con agresión, es decir, ante aquellos que demuestran un efecto inmediato producido por la representación de escenas violentas.

En términos generales parten de que los medios de comunicación son utilizados selectivamente por las personas, para reforzar sus preexistentes orientaciones y que la selección de los programas opera de tal suerte que la persona, entre los mensajes que le son ofrecidos, escoge aquellos que estén de acuerdo con sus propias opiniones y actitudes. De allí, concluyen que los medios de comunicación no pueden tener una influencia decisiva sobre las acciones de sus destinatarios.

La fórmula planteada por Schramm: qué es lo que la televisión hace a los niños?, há sido invertida por la investigación, que ha encontrado que los niños son influidos por los medios de acuerdo con su situación psíquica y social, sin demostrar en ningún momento que ésta es producida por aquellos.

Así, no es posible demostrar que las escenas de crímenes y violencia son causas primarias de conductas en tal sentido, aunque podrían complementar o reforzar tendencias existentes con anterioridad. Sobre una persona adaptada socialmente tales contenidos serán poco más que inocuos, mientras que para los inclinados a la agresividad o a la frustración serán un estímulo para la evasión y quizás para fantasías agresivas.

Existe un estudio ya clásico, que es respetado y citado por todo trabajo que se haga sobre el tema. Nos referimos a la investigación de tres británicos: Himmelweit, Oppenheim y Vince (1951). Su mayor virtud es la de no prestarse a superficialidades y cuestionar las relaciones simplistas de muchos análisis que no entran a valorar la calidad, el contenido y el modo de presentar la violencia. Además, dicho estudio fue realizado cuando recién

se introducía la televisión en Inglaterra y hubo posibilidad de estudiar a un grupo de niños que jamás había visto televisión. En su investigación, trataron de descubrir qué tipo de violencia asusta a los niños y, al hacerlo, demostraron el poco fundamento de muchas ideas mantenidas acerca del tema: El "número de tiros disparados, o el de episodios de agresión contenidos en un programa cualquiera" resultaron de menor importancia que la "situación en que la violencia aparece... el modo de su representación y... la complejidad que caracteriza a los miembros de los bandos en lucha... Los disparos — por ejemplo — no alteran demasiado, al igual que las peleas, pero heridas causadas por cuchillas o dagas sí lo hacen". La violencia según pautas convencionales, con desarrollo predecible parece impresionar muy poco a los niños ya que son "simples versiones del eterno cazar y ser cazado — indios y vaqueros, policías y ladrones — los más antiguos juegos infantiles, muy anteriores a la aparición de la televisión, ya expresan la profundamente arraigada afición del niño a las reglas y a la clara diferenciación entre el bien y el mal".

Según la referida investigación, los niños son, al parecer, "más sensibles a las agresiones verbales que a las físicas... los niños son turbados por todo aquello que se parece a sus pesadillas, pero también por las cosas con las que se identifican fácilmente. Por ejemplo, las situaciones de malestar, las reprimendas, los enfados, les turban generalmente más que las escenas de destrucción masiva...". Un film donde el héroe se debata entre penosas dudas de conciencia, donde se encuentre preso de remordimientos, tiene más posibilidades de perturbar a un niño que un western cargado de tiroteos. Burgelin resume el aporte principal de la investigación: "la violencia resulta tanto menos espantosa cuando menos problemática es".

El equipo Himmelweit, al igual que Ricutti y Lewin, no halló un comportamiento más agresivo, inadaptado o delincuente entre niños telespectadores que entre los componentes del grupo de control (es decir, no telespectadores). La conclusión resulta inquietante si consideramos que este estudio, a diferencia de muchos de los ya vistos, fue hecho sin utilizar laboratorios y en un momento muy oportuno. Por supuesto, en la actualidad se puede objetar que ya pasaron más de veinte años de realizado el trabajo y que el contenido violento de los programas ha aumentado cualitativa y cuantitativamente.

En un cuestionario de League of Non- Governmental Broadcaster en Japón (1961), presentado a 461 delincuentes entre los catorce y veintiséis años, encontró que pocos de ellos acusaban a la televisión como causa de la delincuencia. Otro cuestionario aplicado a 1.119 jóvenes normales y a jóvenes recluidos en Institutos de orientación (potencialmente delincuentes), no encontró diferencias en cuanto a las preferencias por los programas que exhiben crímenes.

Como corolario a todas las investigaciones, tenemos la conclusión de Ferracuti y Lazzari: "En la actualidad, no existen demostraciones concluyentes que sostengan el temor, que se ha difundido en grandes esferas de la

opinión pública, de que la representación de escenas provoque un efecto criminógeno directo e inmediato, en los sujetos dotados de una personalidad normal”.

### Efectos a largo plazo

La influencia de las representaciones sobre los valores admitidos como deseables en una sociedad es quizás la más atrayente, pero a la vez la más difícil de probar. Son muchos los factores que intervienen en la formación de valores personales: la familia, la escuela, la pertenencia a un grupo, las experiencias vividas, etc. Más complejo es determinar cuales son y como se forman los valores de una sociedad.

Santoro, un investigador venezolano, afirma que “el material presentado por la televisión en diversos países del mundo occidental... está recargado de programas de baja calidad artística, con altos contenidos de violencia, agresión, valores no cónsonos con los que tienen planteados conquistar y desarrollar nuestra sociedad. La exaltación del individualismo, énfasis en el dinero, bienes económicos, etc. Formación de imágenes estereotipadas con respecto a profesiones, grupos étnicos, religiosos o políticos. Imágenes que por lo demás son importadas de los Estados Unidos, país en el cual se elabora la mayoría de los programas. La presentación de ese material viola incluso las normas morales y étnicas que los mismos productores y comunicadores se han propuesto.

Por supuesto, el problema debe quedar al nivel de las legítimas preocupaciones, ya que, como afirman Ferracuti y Lazzari, no hay evidencias para rechazar o demostrar la idea de que las escenas violentas modifiquen los valores, especialmente en un complejo cultural o familiar predisponente.

Pasqualli, una vez que señala la posibilidad de demostrar que los medios de comunicación tengan un papel directamente motivador en los actos antisociales, afirma que aunque cree que los mensajes producen condicionamiento ideológico colectivo a largo plazo, sus factores agentes no los constituyen esos significativos primarios y superestructurales, sino más bien lo “latente” que ellos envuelven, y que es el auténtico sedimento presente en el espíritu colectivo de una sociedad. Por supuesto, cual sea este sedimento y que sea lo “latente” rebasa los propósitos de esta presentación, pero queda como una inquietud en el sentido de que quizás, más que un estudio de lo primario — la violencia —, se requiera de un análisis de las capas más profundas del mensaje. Al respecto, el pensador alemán Teodoro Adorno señala que al igual que una obra de arte no comunica de manera unívoca y de por sí su contenido, en los films y en la televisión, la ambigüedad estética o sus formas decadentes son utilizadas para sus propios fines por los productores. Para él, la meta propuesta con la presentación de varios estratos psicológicamente superpuestos, es el acrecentamiento del conformismo en el espectador y la fortificación del *statu quo*. Incansablemente — prosigue — se lanzan contra el espectador “mensajes” abiertos o encubiertos. Señala que éstos últimos, posiblemente por ser psicológicamente los más efectivos, tengan preminencia en la planificación.

## Qué hacer?

Adorno, cuando fue Director Científico de la Hacker Foundation en 1952-53, realizó algunos estudios sobre la televisión norteamericana. En uno de ellos explicó por qué es tan difícil para el sociólogo decir qué hace la televisión a la gente: "... aunque puedan las técnicas perfeccionadas de la investigación social empírica aislar dos "factores" que son característicos de la televisión, resulta que esos factores sólo adquieren su fuerza en la "totalidad del sistema".

Pero si son tales las dificultades, ¿qué respuesta dar a todos los que constantemente muestran preocupación por el tema? Como decíamos en un principio, la investigación de la que hemos examinado algunos casos no nació por una simple vocación académica, sino que surgió a petición de maestros, padres, predicadores y políticos. Klapper, comentando ese hecho, señala que "no sólo hemos sido incapaces de dar respuestas definitivas... , sino que hemos hecho algo peor: proporcionar pruebas que apoyan parcialmente todos los aspectos de todas las opiniones. Hemos esquivado la cuestión del crimen y la violencia, diciendo: "Probablemente no existe relación causal, pero puede darse un efecto catalizador."

El que no pueda demostrarse una hipótesis en el plano científico no debe implicar quietismo en el plano axiológico. Sin duda nuestro mundo está plagado de actos violentos: homicidios, secuestros, arrestos, son demasiado comunes y las informaciones pertinentes engrosan a diario las páginas de los periódicos. Pero, como señala Burgelin, la violencia conserva, en la vida de la mayor parte de las personas, un carácter excepcional y escandaloso, cuando por azar nos encontramos con ella al pasar por ejemplo por la calle, no deja de ser una experiencia extrema que la mayoría tendemos a repeler. Pero la violencia presentada en los programas de ficción no es rara ni escandalosa, ya que dentro de las diversas tramas aparece aquella como lógica y normal. Quizás sea necesario reconsiderar la frase de Logan (1950): "El sentido común nos dice que el crimen no es tema conveniente para los niños. . . . , debemos, pues, protegerlos de tales programas, igual que lo hacemos respecto del peligro físico." Investigadores como Klapper y Himmelmweit, cuyo escepticismo ya vimos, han tomado posición contra el desarrollo excesivo de las escenas de violencia en los medios de comunicación, sin pretender fundar científicamente su punto de vista.

El hecho de que niños, con algún tipo de perturbación o con ajuste deficiente, puedan verse afectados en algún modo por las descripciones de crímenes, es por sí solo merecedor de atención y motivo bastante para buscar las soluciones del caso. Como indica Klapper, "los descubrimientos indican, sin embargo, que los medios masivos no son la única ni la básica causa del problema y que, por consiguiente, aunque su cooperación pueda ser legítimamente buscada en cualquier campaña destinada a mejorar la situación, el problema en su totalidad debe ser planteado a nivel más fundamental. Las soluciones, si es posible definir las, han de implicar a la familia, la escuela y virtualmente todas las instituciones y todas las fuerzas que intervienen en la sociabilización del niño".